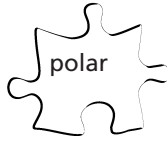


YO SOY EL REY DEL CASTILLO



# YO SOY EL REY DEL CASTILLO

Susan Hill



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados  
Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: febrero de 2016

© Susan Hill, 1970, 1989  
© de la traducción: Miguel Izquierdo, 2016  
© de la presente edición: Edhasa, 2016  
Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

ISBN: 978-84-350-1078-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso por Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 28.735-2015

Impreso en España

## CAPÍTULO 1

**S**u abuela murió hace tres meses, y entonces se mudaron a esta casa.

—No volveré a vivir allí hasta que me pertenezca —dijo su padre. Aunque el abuelo yacía arriba, después de un segundo infarto, y sobrevivía sin dar quebraderos de cabeza.

Llevaron al chico arriba para que le viera.

—No debes tener miedo —dijo su padre, nervioso—. Ahora es un hombre muy viejo, está muy enfermo.

—Nunca tengo miedo.

Y era la verdad, aunque su padre no le creyera.

Joseph Hooper resolvió que sería conmovedor reunir a las tres generaciones, con una de ellas en el lecho de muerte: el primogénito del primogénito del primogénito. Resulta que, en su madurez, iba adquiriendo sentido dinástico.

Pero no fue conmovedor. El anciano respiraba ruidosamente y babeaba un poco, y no se despertó. La habitación del enfermo desprendía un olor acre.

—Bueno —dijo el Sr. Hooper, y tosió—. Está muy enfermo, sabes. Pero estoy contento de que le hayas visto.

—¿Por qué?

—Bueno..., pues porque eres su único nieto. Su heredero, supongo. Sí. Y así es como se hacen las cosas.

El chico miró hacia la cama. «Su piel ya está muerta», pensó, «está vieja y reseca». Pero vio también que los huesos de las cuencas, y de la nariz y la quijada se marcaban a través de la piel, y relucían. Todo en él, desde su pelo ralo hasta el pliegue de la sábana, parecía lavado con lejía y de color blanco grisáceo.

—Se parece —dijo Edmund Hooper— a una de sus viejas y disecadas mariposas nocturnas.

—¡Ese no es modo de hablar! Hay que tener respeto.

Su padre se lo llevó fuera. «Pero solo ahora puedo yo mostrar respeto», pensó, «y comportarme con mi padre como debiera, porque se está muriendo, ya casi no está».

Edmund Hooper, al bajar la gran escalinata hacia el vestíbulo revestido en madera, no pensó nada de su abuelo. Luego, sin embargo, recordó la blancura como de mariposa nocturna de aquella piel tan vieja.



Bien, se habían trasladado y Joseph Hooper era ya señor de su casa.

—Voy a pasar largas temporadas en Londres. No puedo vivir siempre aquí, ni siquiera durante tus vacaciones —dijo Joseph Hooper.

—Eso no será una novedad, ¿verdad?

Irritado, desvió la mirada de la de su hijo. «Lo hago lo mejor que puedo», pensó. «No es la tarea más fácil del mundo, sin una mujer junto a mí.»

—Pero ya nos ocuparemos de las cosas —dijo—. Ya verás como te consigo un amigo, y también alguien que se ocupe de nosotros en la casa. Lo arreglaré pronto.

«No quiero que se haga nada al respecto, nadie debe venir aquí», pensó Edmund Hooper mientras caminaba entre los tejos al fondo del jardín.

★ ★ ★

—Mejor que no entres en el cuarto rojo sin preguntarme. Guardaré la llave aquí.

—No voy a hacer nada malo. ¿Por qué no puedo ir?

—Bueno, hay cosas muy valiosas. Y ya está, la verdad —Joseph Hooper suspiró, sentado en su escritorio, en la habitación que daba a una gran extensión de césped—. Además... no creo que la habitación pueda interesarte gran cosa.

De momento, la casa se mantendría como hasta entonces, hasta que pudiera decidir de qué muebles se deshacía y cuáles de los suyos iba a traer.

Removió nerviosamente los papeles del escritorio, oprimido por ellos, sin saber por dónde empezar. Aunque estaba acostumbrado al papeleo, los asuntos de su padre eran un desbarajuste; toda la parafernalia de la muerte le apenaba.

—¿Me dejas la llave ahora, pues?

—*Me podrías...*

—Vale.

—¿La llave del cuarto rojo?

—Sí.

—Bueno...

El Sr. Hooper alargó la mano hacia el pequeño cajón de la izquierda de su escritorio, y hasta debajo del mismo, donde guardaba el lacre. Pero acabó diciendo:

—No, no. Es mucho mejor que vayas afuera a jugar a críquet, Edmund, o algo parecido. Ya tienes visto todo lo que hay que ver en el cuarto rojo.

—No hay nadie con quien jugar a críquet.

—Ya, bueno, pues pronto tendré que hacer algo al respecto: te conseguiré un amigo.

—Además, no me gusta el críquet.

—Edmund, no lo pongas difícil, por favor. Tengo mucho que hacer y no puedo perder tiempo en discusiones absurdas.

Hooper salió, deseando no haber hablado. No quería que se hiciera nada ni que viniera nadie.

Pero sabía donde encontrar la llave.

★ ★ ★

«Es como su madre», pensó el Sr. Joseph Hooper. «Tiene la misma manera de no molestarse en explicar y de guardar secretos, la misma mirada dura y fría.» Habían pasado seis años desde la muerte de Ellen Hooper. El matrimonio no había sido feliz. Cuando su hijo, que tanto se parecía a ella, estaba interno en la escuela, pasaba largas temporadas en que apenas recordaba el aspecto de ella.

Joseph Hooper reanudó la respuesta de la carta que había llegado como contestación a su anuncio.

La casa, que se llamaba Warings, había sido construida por el bisabuelo del chico y no era, pues, muy antigua. En aquellos días, el pueblo era grande y el primer Joseph Hooper poseía una gran extensión de terreno. Ahora el pueblo había encogido, la gente había marchado a las ciudades y acudieron algunos recién llegados, al tiempo que se construían unas pocas edificaciones nuevas. Derne pasó a ser como un viejo puerto antaño ajetreado y ya abandonado por la mar. Toda la tierra de los Hooper había sido vendida, palmo a palmo. Pero Warings seguía en pie, construido sobre una falda a las afueras del pueblo, a cierta distancia de la casa más próxima.

El primer Joseph Hooper había sido banquero y, tras su ascenso en el mundo, construyó esta casa a los treinta años.

—No me avergüenzo de ello —les había dicho a sus amigos de la City.

De hecho, había gastado en ella más de lo que podía permitirse. Esperaba envejecer allí del mismo modo en que los pies de un niño crecen en unos zapatos dos tallas mayores. Era un hombre ambicioso. Había llevado allí a su novia, la hija menor de un modesto *baronet*, y se dispuso a fundar una familia, consolidar su posición para poder permitirse la casa que había construido. Lo consiguió a medias, de modo que, poco a poco, fue vendiendo las tierras de los alrededores.

—Esa es la historia de Warings —el actual Joseph Hooper le dijo a su hijo Edmund, paseándole solemnemente por el lugar—. Deberías estar muy orgulloso.

No veía por qué. Era una casa del montón, pensó, una casa fea, nada de lo que jactarse. Pero la idea de que fuera suya, la idea de una historia familiar, le complacía.

—A medida que te hagas mayor, irás entendiendo lo que significa ser un Hooper —dijo su padre.

Pero pensó que lo que significaba era más bien poco para él mismo. Y eludió la expresión en la mirada del chico, a quien no se le escapaba nada. Era hijo de su madre.

Warings era fea. Desprovista de toda gracia, más bien alta y mal orientada, y construida con ladrillo rojo oscuro. Ante la fachada y a los lados había un pasto que descendía ondulante hasta un sendero de grava y luego hacia la calle, sin árboles o parterres que aliviaran aquella uniforme verdura. Sendero arriba, y en la trasera de la casa, entre los tejos crecían grandes y espesos arbustos de rododendros.

Lo tejos habían estado allí antes de que la casa, Warings, fuera construida en torno a ellos, pues el primer Joseph Hoo-



per admiraba su robustez y espesura, el hecho de que crecieran tan lentamente y fueran los árboles más longevos. También plantó los rododendros no por su breve y espectacular exhibición de color durante mayo y junio, sino por sus recias hojas verde oscuro y la dureza de su peciolo, su sólida apariencia. Le gustaban sus formas reagrupadas, vistas desde el extremo del sendero.

En el interior de la casa todo era predecible; las estancias de techos altos, con pesadas ventanas de guillotina, los revestimientos murales de roble y puertas también de roble, la escalinata de roble, el mobiliario macizo. Poco había cambiado desde los inicios.

Joseph Hooper había pasado en esta casa los años de infancia previos a la escuela y las vacaciones posteriores, y no le gustó; sus recuerdos de Warings no eran felices. Pero ahora, a la edad de cincuenta y un años, admitía que era un Hooper, el hijo de su padre, y había acabado admirando aquella solidez y su tristeza. Le parecía una casa atractiva.

Sabía que era un hombre algo incapaz, sin fuerza ni cualidades reseñables, un hombre de buen trato y que gozaba de simpatía, pero tenido en poco, un hombre que había fracasado aunque sin excesivo estrépito, no como quien se precipita de una gran altura y acaba recabando atención. Era un hombre anodino, que iba tirando. Pensaba: «Me conozco y lo que sé me entristece». Pero ahora, con su padre fuera del cuadro, podía plantarse ante la casa y dejar que esta le concediera prestigio y protección, podía hablar de Warings como de «mi casa de campo», y aquello le compensaba sobradamente.

★ ★ ★

Un caminito bajaba entre los tejos hasta un bosquecillo. Aquello y el prado por detrás eran todo lo que quedaba de la tierra de los Hooper.

El dormitorio del niño, en lo alto de la parte posterior de la casa, daba al bosquecillo. Lo había elegido él.

—Pero mira las otras —le había dicho su padre—. Mucho más espaciaosas y luminosas. Harías mejor en quedarte la vieja sala de juegos.

Pero él quería aquella, una habitación angosta con un ventanal. Por encima, no había más que el desván.

Al despertarse, brillaba una luna inmensa, así que pensó de entrada que ya amanecía, y que había perdido su oportunidad. Salió de la cama. Un leve y persistente soplo de viento agitaba las ramas de los tejos, y los olmos y robles del bosque. La hierba alta susurraba en el prado. La luz de la luna, penetrando por un estrecho claro entre dos árboles, iluminaba el arroyo que fluía por en medio, de modo que con la agitación de las ramas se producían ocasionales destellos en el agua. Edmund Hooper miró hacia abajo. La noche era muy cálida.

Fuera, en el rellano, no llegaba la luz de la luna, y tanteó el camino en la oscuridad, primero en el tramo superior de escalera enmoquetada y, luego, en los dos últimos tramos sobre los escalones de roble desnudos y lustrados. Avanzó sin titubeos, seguro del camino y sin miedo. La habitación donde dormía su padre estaba en silencio. La Sra. Boland solo venía durante el día. A la Sra. Boland no le gustaba Warings. «Es demasiado oscuro», solía decir, «huele a deshabitado, a viejo, a museo». Por ello se había dedicado a mirar de que entraran la luz y el aire, allí donde podía. Con todo, Derne estaba en una hondonada y, aquel verano, el aire era pesado y estático.

Hooper atravesó el amplio vestíbulo y tampoco allí, siendo la parte delantera de la casa, llegaba la luz de la luna. Detrás de él, la escalinata de madera giraba sobre sí misma.

Al principio, no adivinaba qué llave podía ser. En el cajón de la izquierda había un manojo de tres, pero una era más larga, con una mancha roja en el borde. Roja por el cuarto rojo.

Se hallaba en la parte posterior de la casa, que daba al bosquecillo, así que al abrir la puerta entró a raudales la luz de la luna. Era casi tan brillante como la luz del día, en que también se encendían las luces porque las ramas de los tejos ensombrecían los ventanales.

Hooper entró.

El primer Joseph Hooper había diseñado la estancia como biblioteca, y allí estaban aún las vitrinas, desde el suelo al techo, revistiendo toda la estancia y repletas de libros. Pero en aquella casa nadie leía jamás. Ni el primer Joseph Hooper solía hacerlo.

Edmund Hooper examinó los títulos de algunos de los libros el día en que le trajeron para visitar a su abuelo moribundo, y no tenían el menor interés. Había volúmenes encuadernados del *Banker's Journal* y de la *Stockbroker's Gazette*, y series completas de los novelistas victorianos, aún por estrenar.

Fue su abuelo, recientemente fallecido, quien había empezado a utilizar el cuarto rojo. Como experto en mariposas, había llenado la estancia de urnas con mariposas y mariposas nocturnas. Era como la sala de un museo, pues aquí no se habían enmoquetado los tablones de roble y las urnas de cristal se disponían en dos largas hileras, de un extremo a otro. Había también bandejas de insectos que se introducían en la pared como cajones.

—Tu abuelo fue uno de los coleccionistas más importantes de su época —había dicho Joseph Hooper, mostrando la estancia a su hijo—. Era conocido y respetado en todo el mundo. Esta colección vale mucho dinero.

Pero, ¿de qué servía?, pensó. «¿Por qué no la vendo?» La odiaba de todo corazón. En los veranos de su infancia le traían aquí cada tarde para hacer el recorrido de toda la sala, de una urna a otra, donde le sermoneaban e instruían, y se veía obligado a observar como sacaban con pinzas a los insectos de sus ampollas tóxicas, y los extendían sobre un cartoncillo al que clavaban sus cuerpos astados.

—Todo esto será tuyo —le había dicho su padre—. Debes conocer el valor de las cosas que heredarás.

No había osado rebelarse, había vuelto al cuarto rojo a lo largo de las vacaciones, fingiendo interés, adquiriendo conocimientos, disimulando su temor. Hasta que por fin creció y encontró excusas para pasar las vacaciones lejos de aquella casa.

—Para ti es fácil desdeñarlo y encogerte de hombros —había dicho su padre, al darse cuenta—, sin prestar atención a la obra de un hombre. Soy una autoridad internacional, pero a ti te da igual. Pues nada, quiero ver yo de qué modo te haces un nombre por ti mismo.

Joseph Hooper sabía que eso no sucedería jamás.

Trató de limpiar algo su conciencia instruyendo a su hijo.

—Es algo fantástico que un hombre se haga mundialmente famoso de ese modo —dijo—. A lo largo de su vida, tu abuelo le dedicó todo su tiempo libre..., pues no era su profesión, sino un *hobby*, ya lo entiendes: tenía ya su propio trabajo que hacer. Todo el resto de sus energías lo dedicó a construir esta colección.

¿No debería sentir un niño cierto orgullo por la importancia de su familia?

Edmund Hooper se había paseado por el cuarto rojo, observando atentamente, sin decir nada.

—Te he visto cazando mariposas en frascos de mermelada —dijo Joseph Hooper—. Puede que sea una señal de interés, y que sigas sus pasos mejor de lo que yo hice.

—Las mariposas fueron una moda del último semestre. Cogíamos larvas y observábamos la incubación. Ya nadie está interesado.

Se acercó a la ventana y miró al bosquecillo, azotado por el primer aguacero del verano. En cuanto a los cadáveres de aquellas polillas, metidas en sus urnas de cristal, no dijo si le interesaban o no.

—¿Por qué no me habías traído antes aquí?

—Venías... Ya te traían de niño.

—Eso fue hace muchos años.

—Ya... sí.

—Supongo que fue cuando te peleaste con el abuelo. Joseph Hooper suspiró.

—No es algo de lo que debas hablar. Eso ya no debe preocuparnos.

Pero al mirar al chico, entendía un poco como habían ido las cosas con su padre, y sentía la necesidad de enmendarse. «No soy un hombre estricto», pensó. «Tengo más cosas que lamentar acerca de mi propio hijo que mi padre acerca de mí.» Desde el principio, no había logrado congraciarse con Edmund.



La llavecita que encajaba en todas las urnas se guardaba dentro de una Biblia en uno de los estantes inferiores.

Hooper se paseó arriba y abajo por la estancia, pausadamente, mirando las mariposas nocturnas, expuestas sobre un

cartón, y las etiquetas que había debajo. Aquellos nombres le gustaban: Esfinges, Tigres, Monjas. Leyó algunos de ellos para sí en voz baja. La luz de la luna entraba por la ventana, fría, y se reflejaba en el cristal.

Por encima del revestimiento de madera del cuarto rojo se disponían los animales, la cabeza del venado con la cornamenta que asomaba sobre la entrada, y las vitrinas de peces grises contra un fondo pintado de agua y algas, los cuerpos disecados de comadreja, armiños y zorros, con sus ojos de cristal, posando en posturas forzadas. A causa de la última y larga enfermedad del abuelo y de la negligencia del ama de llaves, hacía tiempo que no se limpiaban. El Sr. Joseph Hooper había dicho que los animales debían venderse, pues no eran asunto de orgullo familiar al haber sido adquiridos en un lote por el primer Joseph Hooper, que deseaba decorar su biblioteca a la manera de un cazador.

Hooper se detuvo ante una urna en el extremo de la sala, junto a una ventana sin cortinas. Bajó la mirada hacia aquellas formas chatas y frágiles. Se sintió fascinado, inquieto. Insertó la llavecita y levantó la tapa de cristal. Era muy pesada y estaba rígida por el desuso. Una vaharada de aire rancio le azotó la cara.

La mariposa nocturna más grande de todas estaba en el centro —*Acheroptia atropos*—, aunque apenas podía distinguir el escrito sobre el cartón, pues la tinta era ya de un amarillo oscuro por efecto del sol. «Esfinge de la muerte.»

Alargó la mano, puso el dedo bajo la cabeza del alfiler, y lo deslizó fuera del cuerpo grueso y listado. La mariposa, que llevaba años muerta, se desintegró de inmediato, formando un montoncito informe y blando de polvillo negro.

## CAPÍTULO 2

**H**oy van a venir unas personas –dijo Joseph Hooper–. Y ahora tendrás un compañero. Le habían causado una grata impresión las elegantes cartas de la Sra. Helena Kingshaw, su honestidad y la naturalidad del tono, así como, más tarde, su voz al teléfono. Era viuda, tenía treinta y siete años, y pasaría a ser lo que él llamaba un ama de llaves informal. La Sra. Boland se limitaría a limpiar y cocinar un poco.

«Quizá, de entrada, quiera usted venir a pasar el verano –escribió– para ver qué tal se acostumbran usted y el niño, y cómo nos llevamos todos nosotros.»

«Indudablemente –respondió la Sra. Helena Kingshaw–, Warings suena como el hogar que hemos estado buscando.»

Joseph Hooper se sintió conmovido. Aquella noche examinó su figura delgada en el espejo de cuerpo entero.

«Soy un hombre solo», se dijo, y no se avergonzó de haberlo admitido.

–Se llama Charles Kingshaw, y tiene tu edad, casi once años. Debes esforzarte por darle la bienvenida y ser su amigo.

Edmund Hooper subió lentamente los cuatro tramos de escaleras hasta su dormitorio. Estaba lloviendo fuerte y unos

nubarrones lívidos colgaban sobre el bosquecillo. Hoy había pensado en ir para allá, pero la hierba estaría muy mojada.

Y ahora resulta que venía otro chico con su madre, de modo que en la casa siempre habría alguien que le pudiera ver. La señora les pondría a jugar juntos y a salir de excursión, que es lo que hacían las madres de algunos niños de la escuela. En una ocasión, recientemente, se había preguntado si debería lamentar la ausencia de su propia madre, desear cosas que solo ella podría procurar. Pero había sido incapaz de imaginar qué cosas podían ser esas. No recordaba nada de ella.

—Sé que no estás contento del todo, que todo esto es como para salir del paso —le había dicho su padre—. Pero debes venir a contarme las cosas, y no tengas miedo de admitir si algo no va bien.

—Estoy bien. No hay nada que vaya mal.

Odiaba que su padre le hablara de ese modo. Hubiera deseado no oír para poder aislarse.

—Todo va bien —y decía la verdad.

Pero Joseph Hooper buscaba los detalles bajo la superficie de las cosas; vivía inquieto, pues le habían advertido de lo mucho que iba a sufrir el chico.

Hooper empezó a moldear plastilina entre sus dedos, para una capa más de la maqueta geológica que tenía sobre una tabla junto a la ventana. Pensaba en el chico llamado Kingshaw, que estaba a punto de llegar.

«Es mi casa», pensó, «propiedad privada, y yo llegué antes. No tiene por qué venir nadie».

De todos modos, él no iba a darse a conocer; al otro chico le podía ignorar, eludir o acoquinar. Dependía de cómo fuera. Las posibilidades eran infinitas.

Dispuso una franja achatada de plastilina granate, según el colorido de los estratos marcado en el mapa. La maqueta se



torneaba en forma de túmulo, como los que había en las colinas. Cuando la terminara, la cortara como un pastel y de ese modo se revelaran todas las capas. Entonces podra proseguir con su mapa de la batalla de Waterloo. Había tantas cosas que hacer, y quería hacerlas solo, sin que rondara por all aquel chico llamado Kingshaw. Aquella tarde, cuando llegaron en coche, se encerró con llave en su cuarto. Pero les observó, ladeando el espejo para poder mirar abajo hacia el acceso, sin ser visto. Se les veía nerviosos. Kingshaw era pelirrojo.

—¡Edmund! —su padre le había estado llamando por toda la casa—. ¡Edmund! Tu amigo ya está aquí. No me gusta que te escondas por la casa, es de pésima educación. Sal de una vez, por favor. ¡Edmund!

Joseph Hooper andaba ajetreado, pues la llegada de aquella mujer le alarmó de pronto, le alarmó por lo que había hecho: ellos iban a hacer su hogar en la casa, todos iban a vivir juntos bajo el mismo techo, y puede que eso le hiciera sufrir y cargar con las consecuencias de un error terrible.

«Está algo inseguro», pensó la Sra. Helena Kingshaw, que también había estado muy sola en años pasados.

—¡Edmund, ya ests bajando enseguida!

Edmund Hooper cogió un pedazo de papel de la mesa, escribió algo en él y lo pegó cuidadosamente a un trozo de plastilina gris. Volvió a mirar por la ventana. El chico, Charles Kingshaw, se puso a mirar para arriba, al ver el brillo repentino en el espejo. Hooper tiró la plastilina, que cayó como una piedra. Se alejó de la ventana. Kingshaw se agachó.

—Venga, Charles, querido, debes ayudarme con las cajas, no se lo vamos a dejar todo al Sr. Hooper.

La señora Helena Kingshaw vestía un traje verde jade que la tenía algo preocupada, temiendo que fuera demasiado elegante.

—Vaya, ¿qué es? ¿Qué has encontrado?

Estaba ansiosa por que el lugar le gustara y se sintiera enseguida como en casa.

Kingshaw pensó: «Yo no quería venir, no quería, es otra casa ajena a la que no pertenecemos». Dejó caer el trocito de plastilina.

—Nada. No es nada. Solo un guijarro.

Encaminándose detrás de su madre, hacia el oscuro vestíbulo, consiguió abrir el papelito.

«YO NO QUERÍA QUE VINIERAS», estaba escrito.

—Y ahora deje que les muestre las habitaciones —dijo el Sr. Joseph Hooper.

Temeroso, Kingshaw metió el mensaje en el bolsillo del pantalón.

★ ★ ★

—¿Por qué has venido? —le dijo Hooper, encarándosele desde el otro lado de la habitación. Kingshaw se ruborizó como un tomate. Resistió, sin hablar. Había una mesita redonda entre ellos, y su baúl y una maleta estaban en el suelo—. ¿Por qué tuvisteis que encontrar este sitio para vivir?

Silencio. Hooper pensó: «Ya veo por qué es mejor tener una casa como Warings, y por qué mi padre se pasea agarrado a su gran manojito de llaves. Nosotros vivimos aquí, es nuestro, pertenecemos. Kingshaw no tiene adonde ir».

Dio la vuelta a la mesa, hacia la ventana. Kingshaw se echó atrás mientras se acercaba.

—¡Miedica!

—No.

—Cuando mi padre muera —dijo Hooper—, esta casa será mía. Yo seré el amo. Todo será mío.

—¿Y qué? Solo es una casa vieja.

Hooper recordó con amargura las tierras que su padre se había visto obligado a vender.

—Abajo hay algo muy valioso. Algo que no has visto nunca —dijo quedamente.

—¿Qué es?

Hooper sonrió, mirando más allá de la ventana, al tiempo que decidía no contarle. No estaba muy seguro de la esplendidez de la colección de mariposas nocturnas.

—Mi abuelo murió en esta habitación. Y no hace mucho. Agonizó y murió en esa cama. Ahora es la tuya —mintió.

Kingshaw se acercó a la maleta y se agachó.

—¿Dónde vivías antes?

—En un piso.

—¿Dónde?

—Londres.

—¿Vuestro propio piso?

—Sí... No. Bueno, la casa era de otra persona.

—O sea que solo erais inquilinos.

—Sí.

—No era vuestro.

—No.

—¿Y por qué no os compró vuestro padre una casa como Dios manda?

Kingshaw se irguió.

—Mi padre está muerto —estaba enojado, no herido. Quería amenazar a Hooper con los puños, pero no se atrevió.

Hooper arqueó las cejas. Lo había aprendido de un profesor de la escuela, pues le parecía un modo de mirar imponente.

—Mi madre no puede permitirse comprarnos una casa, la verdad. No es culpa nuestra.

—Entonces, tu padre debería haberte dejado algo de dinero, ¿no te parece? ¿No tenía él una casa?

—Sí, y la tuvo que vender.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Para pagar sus deudas.

—No, no.

—¿Te acuerdas de tu padre?

—Oh, sí. Bueno... Un poco. Fue piloto. Estuvo en la batalla de Inglaterra. Tengo... —Kingshaw se arrodilló de nuevo y empezó a buscar frenéticamente en la maleta de tartán—. Tengo una foto de él.

—¿Es una foto en la batalla?

—No, pero...

—En todo caso, no te creo. Eres un mentiroso, la batalla de Inglaterra fue durante la guerra.

—Ya lo sé. Todo el mundo lo sabe.

—Fue hace años, docenas de años. Es historia. No pudo estar en ella.

—Estuvo, sí estuvo.

—¿Y cuándo murió?

—Aquí está la foto, mira... Es mi padre.

—¿Cuándo murió?, he dicho —Hooper se aproximó, amenazadoramente.

—Hace algunos años. Yo tenía unos cinco años, o seis.

—Ya debía ser bastante viejo entonces. ¿Cuántos años tenía?

—No lo sé. Muchos, supongo. Mira, aquí tengo la fotografía.

Kingshaw sostenía una cartera pequeña y marrón. Se moría por que Hooper la viera y le creyera, sentía que debía dejar cierta huella en la casa, y que le creyeran. Pasado un instante, Hooper se inclinó levemente y cogió la foto. Se espera-

ba a alguien diferente, de aire bravo, interesante. Pero no era más que un hombre calvo y cadavérico con un lunar en la barbilla.

—Es viejo —dijo.

—Ya te lo he dicho. Cuando estuvo en la batalla de Inglaterra, tenía veinte años. En la guerra.

Hooper no dijo nada. Arrojó la fotografía a la maleta y volvió a la ventana. Kingshaw sabía que había ganado, pero no se sentía ganador; Hooper no se dio por vencido.

—¿Dónde vas a la escuela?

—En Gales.

Hooper arqueó las cejas.

—Supongo que habrá unas cien escuelas en Gales. Más de cien.

—Se llama St. Vincent's.

—¿Es una buena escuela?

Kingshaw no respondió. Seguía en el suelo junto a su maleta. Iba a empezar a desempacar, pero ya no: desempacar haría que la cosa pareciera definitiva, como si hubiera aceptado el hecho de que iba a quedarse y tuviera ahí un futuro a considerar. Hooper le había zarandeado.

—No te creas que yo quería venir, en todo caso.

Hooper lo ponderó un instante. Recordó cuando le contaron acerca de la muerte de su abuelo, y que había dicho: «Yo no quiero vivir en esa casa».

Abrió la ventana. Había parado de llover. El cielo era del color de un penique antiguo. Los rododendros seguían reluciendo, húmedos, por todo el camino.

—Mejor que cierres la ventana —dijo Kingshaw—. Ahora es mi ventana.

Hooper se volvió, al oír aquel tono imprevisto, considerando qué podía significar, y al advertir también cierto temblor ansioso. Levantó los puños y se fue hacia Kingshaw.

La riña fue breve, silenciosa y violenta. Terminó enseguida. Kingshaw se limpió la sangre de la nariz y examinó su pañuelo. El corazón le latía con fuerza. Nunca antes se había peleado así con un chico. Se preguntaba cómo iban a ser las cosas de ahora en adelante.

Fuera, en el pasillo de abajo, oyó la voz de su madre, que respondía alegremente a las preguntas del Sr. Hooper, y luego un portazo. «Es culpa suya que viniéramos aquí», pensó, «culpa suya».

Hooper estaba junto a la ventana, que seguía abierta. Por unos instantes, ninguno de los dos habló. Kingshaw deseaba que se fuera.

—No te vayas a creer que vas a ir pegado a mí por toda la casa, tengo cosas que hacer.

—Se supone que debo hacerlo, es lo que dijo tu padre.

—Tú haz como digo yo.

—No seas estúpido.

—Vigila o te doy otra vez.

Kingshaw se echó atrás.

—Oye, y tú no te vayas a creer que yo quería venir. Ni te creas que me gusta.

Sin embargo, había venido con la esperanza de acostumbrarse a aquello. Y no había contado con Hooper. Empezó a recoger las cosas que se habían caído de su maleta de tartán.

—¿Tu escuela es un internado como Dios manda?

—Sí.

—Ya, ¿y tu madre cómo puede pagar un internado si no puede permitirse que vivas en una casa?

—Creo... No lo sé. Creo que es gratis.

—No hay escuelas gratis.

—Sí que las hay.

—Solo las escuelas para pobres. Los internados no son gratis.

—Es... No sé. Me imagino que mi padre les pagó un montón de dinero cuando fui la primera vez. Me imagino que pagó todas las cuotas de una vez, y ahora ya no cuesta nada. Así es, sí, lo sé.

Hooper le miró fríamente. Había ganado, y Kingshaw lo sabía. Podía concederse la retirada, y dejar el tema de una vez.

Kingshaw se preguntó si ahora habría una especie de tregua entre ambos, si de algún modo se había ganado el derecho a quedarse. Había venido listo para llevarse bien con Hooper, como hacía con la mayoría de la gente, porque resultaba más seguro. Era demasiado vulnerable como para permitirse enemigos.

Pero Hooper era algo distinto, Kingshaw nunca se había enfrentado a esta suerte de hostilidad. La cosa le trastornaba, como le trastornaba la seguridad de Hooper; no sabía qué hacer, y eso también le avergonzaba. Era como la primera vez que vas a la escuela, cuando tratas de orientarte y te fijas en lo que hacen otros.

Tenía ganas de decir: «He venido aquí pero no me gusta, no quiero quedarme, quiero estar a solas en algún otro lugar, en nuestra propia casa, no en la de otro, siempre tenemos que vivir en casa de otra gente. Pero no puedo, tengo que quedarme, ¿no podríamos poner buena cara al mal tiempo?» Estaba dispuesto a ceder, incluso era capaz en aquel momento de decir que haría lo que Hooper quisiera, le reconocería como amo de su territorio. Pero era incapaz de expresarlo en palabras, ni siquiera para sí mismo, pues todo se reducía a una serie de sensaciones, que se iban solapando como las olas. Estaba confundido.

Hooper le miraba desde el otro lado de la mesa. Le estaba saliendo un moratón en el pómulo izquierdo, que se iba hinchando levemente, allí donde Kingshaw había golpeado primero. Hooper parecía el mayor de los dos, aunque era más bajo. Ello se debía a su modo de caminar y a la mirada.

Esperó un instante y luego se retiró lentamente de la habitación. En la puerta se volvió:

—Pero no te vayas a creer que eres bienvenido —dijo—. Esto no es tu casa.

Kingshaw permaneció de pie un buen rato después de que Hooper se hubiera ido. Pensó: «No hay nadie». Tenía todo el verano ante él. Pasado un rato, se puso a llorar, aunque sin hacer ruido y tragando saliva para tratar de reprimirse. No podía parar. Y no había nada que decir, nadie a quien decírselo.

Por fin, paró. Ya puestos, podía dedicarse a sacar el resto de sus cosas y a guardarlas. Su madre le había traído aquí y se había mostrado muy ilusionada. Le había dicho que era la respuesta a sus oraciones. Él se avergonzó de que hablara de ese modo.

Se encaminó pausadamente a la ventana. «Ya es mi ventana», dijo, y la cerró.

Alejándose de la ventana, recordó lo que Hooper le había dicho de su abuelo, que era aquí, en este cuarto, en esa cama, donde había muerto. No se le ocurrió cuestionar la veracidad de aquellas palabras, y trató de no pensar en los temores que le esperaban.

★ ★ ★

—Edmund, ¿por qué te has encerrado aquí? Abre ya la puerta, por favor.



Hooper se mantenía rígido, dando vueltas al lápiz en el sacapuntas y contemplando como se desenroscaba la viruta de madera como una mariposa emergiendo de la larva.

—Estoy seguro de que estás ahí, no disimules.

Silencio.

—¡Edmund!

Al final, tuvo que abrir la puerta.

—¿Qué haces encerrado aquí? No me parece la manera normal de comportarse. Tendrías que estar fuera, en pleno aire libre. Tendrías que enseñarle el pueblo a Charles Kingshaw.

Había una hoja grande de papel blanco clavada en la pared, cubierta con extrañas líneas y puntitos de color, reunidos en bloques. En una esquina había escrito:

Verde = infantería de Napoleón

Azul = caballería de Napoleón

Rojo =

Joseph Hooper la miró. Pero no se sentía bienvenido. Su hijo permanecía de pie, pasándose el sacapuntas de una mano a otra, a la espera.

—Pero los campos de batalla nunca fueron así, eso...

Hizo un gesto, como queriendo hablar, pues no deseaba sentirse como un intruso, un extraño en el cuarto de su hijo. Pensó: «Deberíamos estar más unidos, solo nos tenemos el uno al otro, debería ser capaz de hablar libremente con él». Pero, por encima de todo, le enojaba ver el esmerado mapa de su hijo; deseaba decirle: «Esto no es nada, nada, este plano esmerado, pulcro y riguroso...» Deseaba contarle la verdad de las cosas, impartir una visión de hombres y sangre y caballos, el estruendo y hedor del fuego cruzado y el ruido del dolor, la confusión terrible de todo ello. Pero no pudo siquiera empezar. Edmund Hooper seguía en pie, mirando, hosco.

—¿Dónde está Charles Kingshaw?

—Puede estar en cualquier parte. No sé dónde.

—Pues deberías saberlo, Edmund, deberías estar con él. No estoy muy contento por este modo tuyo de comportarte. ¿Por qué no estás con él?

—Porque no sé dónde está.

—No me respondas, por favor.

Hooper suspiró.

Joseph Hooper pensó: «Si fuera algo mayor, podría lidiar con él, si fuera mayor y diferente, todo podría entenderse y explicarse por el factor adolescente. O eso dicen los libros. Pero sigue siendo un niño, todavía no tiene once años».

—Bien, mejor que le busques y le des una vuelta, enséñale la casa y el pueblo y demás. Haz que se sienta... Eso, que se sienta como en casa. Es muy importante, sí. Ahora esta es su casa.

—Ah, ¿se van a quedar entonces?

—Se van a quedar todo el verano, claro. Y estoy seguro... —su voz se apagó, en la entrada. No le iba a contar a su hijo lo que sentía, lo mucho que deseaba que todo le resultara agradable a la Sra. Helena Kingshaw.

Edmund Hooper pensó en lo viejo que parecía su padre. Tenía la cara chupada.

—Quiero que te entiendas con Charles, y también con la Sra. Kingshaw. Habrá días en que no volveré hasta muy tarde, noches en las que tendré que quedarme en Londres. Tendrás...

—¿Qué?

—Bueno, los Kingshaw están aquí. Todo irá bien. Estarás acompañado.

Hooper se volvió.

—Edmund, te estás comportando del modo más descortés con un visitante.

—Creí que habías dicho que esta era su casa. Si es su casa, no puede ser un visitante, ¿no te parece?

«Quizá tendría que pegarle una bofetada», pensó Joseph Hooper, «por hablarme de ese modo. Es una necedad dejar que se salga con la suya, permitir tanta insolencia. No me gusta su expresión altanera. Tengo que imponer mi autoridad». Pero sabía que no lo haría. Se entretuvo demasiado, y ya era tarde para reaccionar. «He tratado de evitar los errores de mi padre», se dijo, «pero solo he conseguido sustituirlos por los míos propios».

Su esposa sabía cómo actuar, y había muerto sin dejar unas reglas que pudiera seguir. Y la culpaba por ello.

Salió.

A la derecha del mapa, Hooper añadió dos círculos más, meticulosamente, a un bloque triangular de círculos. Los coloreó pausadamente, una y otra y otra vez, con la lengua fuera, y respirando afanosamente sobre el papel, como haría un niño mucho más chico dedicado a esa tarea. Luego bajó.

★ ★ ★

—Tienes que venir conmigo.

—¿Adónde?

—Ya verás.

Había encontrado a Kingshaw en el invernadero, hurgando con una caña en las macetas de geranios. Hacía mucho calor.

—Vamos.

—¿Y si no quiero?

—Tienes que venir, eso es todo: mi padre lo ha dicho. Y si alguien te pilla estropeando esas flores, habrá problemas.

—No las he estropeado.

—Sí, se han caído algunos pétalos al suelo. Mira.

—Se caen solos.

El sol azotó la cara de Kingshaw a través del cristal. Tenía la piel del cuello roja y quemada. Pero le gustaba el invernadero. Olía a hojas secas y viejas, a pintura descascarillada allí donde el sol pegaba contra un banco verde y roto. Había también muchas telarañas. Parecía como si nadie visitara nunca el lugar.

Hooper esperó en pie con la puerta abierta. No se le había ocurrido que Kingshaw rehusaría obedecerle.

—Así que vais los dos a hacer una visita por la finca —dijo la Sra. Helena Kingshaw, apareciendo en la puerta.

Lucía la misma expresión risueña y esperanzada con la que había llegado a Warings. «Las cosas no deben torcerse, esta es mi gran ocasión, y no debo desaprovecharla. Quiero que todos seamos muy felices».

Así que se vieron forzados a ir, encaminándose cansinamente fuera del invernadero y por el camino, uno detrás de otro y en silencio, observados por la Sra. Kinshaw.

★ ★ ★

—No vayas a pensar que quiero llevarte a ningún sitio. Ahora me pondré a correr, mejor que me sigas el ritmo.

—¿Para qué vuelves a la casa? Yo ya la he visto, ¿no?

—Mi padre dijo que te lo enseñara todo, ¿y no hago siempre lo que dice mi padre?

Hooper adoptó una expresión burlona y empezó a correr, atravesó el portal, luego el vestíbulo, hasta llegar a la escalera de roble, y se puso a entrar y salir de las habitaciones, una detrás de otra, pegando portazos. Iba canturreando mientras procedía.

—Esta es la habitación de mi padre, esta está libre, aquí es donde guardamos los baúles, esta es la salita de tu madre, ahora subimos por la escalera de atrás, esto es el baño, esta la alacena, este es otro baño... —golpe, golpe y golpe, pam, pam, pam...

Pasado un rato, Kingshaw dejó de seguirle y se sentó en el último escalón de la escalera de atrás. Estaba fresco y oscuro.

Pensó: «Me gustaría desembarazarme de Hooper ya mismo, y encontrar un arroyo o un bosque para mí solo. Cualquier sitio donde escapar». Pero no osaba ir solo a ninguna parte más allá de la verja de la casa.

Oyó a Hooper pegando portazos por el pasillo de arriba. Entonces, de pronto, volvía a estar allí, en lo alto de la escalinata de piedra, sobre la cabeza de Kingshaw.

—Te había dicho que me siguieras.

—¿Y qué? No tengo por qué acatar tus órdenes.

—¡Te estoy enseñando la casa! —dijo Hooper altanero.

—Eres un idiota y te comportas como un estúpido.

Hooper empezó a bajar muy lentamente las escaleras, poniendo un pie suavemente ante el otro, y deteniéndose un instante a cada paso. Kingshaw oía su respiración. No se volvió. Las piernas de Hooper, en vaqueros, se mostraron a su espalda. Se paró. Kingshaw solo tenía que mover su mano, desplazarle y agarrarle por detrás de las rodillas para desequilibrarle y hacerle caer por el hueco de la escalera. Le aterró la idea, con solo pensarla. No se movió.

Hooper siguió, pasando ante él con deliberación estudiada, evitando incluso el contacto de la ropa. En algún lugar, un ratón se escabulló entre los tablones del piso y bajo una puerta.

Hooper se alejó, bajó el siguiente tramo de escaleras y avanzó por el pasillo de vuelta a la parte principal de la casa.

Pasado un instante, Kinshaw oyó una puerta que se abría y se cerraba. En alguna otra parte, probablemente en la cocina, sonaba música en la radio.

Siguió sentado un largo rato.